

SACERDOTE Y FUNDADOR

"El pensamiento de mi sacerdocio me enajena. Gracias, gracias Señor."

El padre José María de Yermo y Parres, como figura luminosa de santidad, se destaca como un gran hombre, que con su testimonio nos invita a renovar nuestra propia adhesión a Cristo y anunciar con renovado ardor, su misterio de salvación.

Al solicitar su admisión al sacerdocio pone como motivos fundantes servir mejor al Señor y trabajar con más empeño en la salvación de las almas, lo cual realiza a lo largo de su ministerio sacerdotal. Tuvo una clara conciencia de la grandeza del sacerdocio y de su pequeñez e indignidad, pero estuvo siempre seguro de que Dios lo había llamado y él trata de serle fiel. Convencido de su vocación exclama: ***"Tú me has hecho sacerdote Señor, por tu grande misericordia, me has consagrado y constituido mediador ante Ti y los hombres, con gracias y poderes inauditos, me has hecho ministro y ejecutor de tu Voluntad que quieres que todos los hombres se salven. Yo por tu amor y tu servicio lo he dejado todo, no permitas que mis infidelidades me separen de Ti."***

Es sorprendente al leer los escritos del Padre Yermo el encontrar repetidas veces la temática de la obra redentora de Cristo y su misterio de pasión y muerte para salvar a los hombres. El deseo ardiente de salvar almas, hace que se entregue totalmente al Señor y a su ministerio sacerdotal. Está convencido de que el sacerdote debe abnegarse y sacrificarse por amor, en nombre de la auténtica amistad con Cristo sacerdote. Tiene la gran convicción que la salvación del mundo, en la época en que él vivía, se alcanzaría mediante el amor y devoción al Corazón de Cristo. Por eso él mismo se consagra al Corazón de Cristo y hace voto de propagar por todas partes su amor y su culto. Al respecto decía: ***"Anhelo ser siempre fiel a Cristo mi Señor y para probarlo, hoy hice voto de consagrarme totalmente a procurar sin cesar el honor y gloria de su Sagrado Corazón y propagar por todas partes su amor y su culto"***.

Desde sus primeros años de sacerdote se distingue por sus grandes dotes de notable orador, cautivó siempre a su auditorio y ganó ciertamente muchas almas para Dios. El padre Miguel Arizmendi, gran amigo del Padre Yermo, escribe respecto a su celo apostólico lo siguiente: ***"Personas de todo sexo y condición acudían a él para oír sus consejos y consultarle en los casos difíciles, atraídos por su vasta ilustración, su grande prudencia y su nunca desmentida virtud"***.

Adquiere fama de sacerdote brillante; extraordinario carisma de confesor y director espiritual. Organiza para los jóvenes centros de catequesis y para las madres de familia, publica una serie de orientaciones sobre la educación cristiana de los hijos, ya que, para él, formar el corazón del niño desde la más tierna edad, es formar la sociedad futura. A los padres les recomienda: ***"En el hogar es el momento de formar en el niño los principios y valores del evangelio. Difícilmente se pierde un joven, que en su niñez quedó firmemente educado en la fe."***

El Señor Obispo de la ciudad de León, Don José de Jesús Díez de Sollano, reconoció en el Padre Yermo grandes dotes y cualidades humanas e intelectuales y no dudó de confiarle desde luego, puestos de confianza. Le nombra capellán de coro y maestro de ceremonias, profesor del seminario y secretario de la Academia Filosófica Santo Tomás de Aquino. En 1881 muere este venerable prelado y el Padre Yermo fue nombrado primero Pro-secretario y luego secretario interino de la Sagrada Mitra de León, cargo al cual renunció en 1884, por motivos de enfermedad.

El Padre Yermo desplegó un grande celo y actividad, no sólo en los cargos que le fueron confiados, sino también en su incansable apostolado en el púlpito y sobre todo el amor a los pobres. Su inminente espíritu de caridad le hicieron admirable entre católicos e impíos. También demostró su fe, de un modo especial, en el fervor, recogimiento y veneración con que celebraba la Eucaristía. En los asistentes causaba admiración, cuando la oficiaba. Unos decían: se conoce que el Padre Yermo sabe bien lo que hace, se le ve tan abstraído, que parece que está en otro mundo. Otros exclamaban: cuando sube al altar, hace honor a las vestiduras sagradas.

El ministerio sacerdotal y la vida del sacerdote nunca fueron considerados como dos dimensiones independientes, antes bien, el sacerdocio según el Padre Yermo debía penetrar y marcar hondamente el ritmo de su vida personal, al grado de fundir ambas cosas, hasta ser una en Cristo sacerdote. Al respecto afirma: ***"Debo hacer de mi sacerdocio y de mi vida una sola cosa; que el sacramento del Orden penetre en toda mi vida personal y me santifique. Necesito ser siempre fiel a Cristo, el amigo de mi vida, pero con una fidelidad indomable. Sé que soy otro Cristo; por eso llevo la bendición, la salvación y la presencia divina, aunque yo no la sienta y sea para mí mismo un mérito tremendo que jamás podré comprender"***.

En la Beatificación del padre Yermo, su Santidad Juan Pablo II, pronunció las siguientes palabras: ***"En la figura del Padre José María de Yermo y Parres, se reproduce la figura del buen Pastor. En él están delineados con claridad los trazos del auténtico sacerdote de Cristo,***

porque el sacerdocio fue el centro de su vida y la santidad sacerdotal su meta. Su intensa dedicación a la oración y al servicio pastoral de las almas, así como su dedicación específica al apostolado entre los sacerdotes con retiros espirituales, acrecienta el interés por su figura". Tuvo especial interés por el clero, para lo cual fundó en 1896 la revista *El Reproductor Eclesiástico Mexicano*, que tuvo como objetivo la ilustración de los sacerdotes y la unidad del clero. Se propuso publicar en esta revista, todos los documentos pontificios, los Decretos de la Sagrada Congregación, las pastorales y edictos de los preladados, Biografías de hombres ilustres y artículos sobre diversas materias de las ciencias eclesiásticas.

Esta conciencia de la grandeza y santidad del sacerdocio, de la misión específica de colaborar en la obra redentora de Cristo y el sentido profundo del ministerio que implica la vocación sacerdotal, llevó al Padre Yermo a otra grande e importante convicción que lo lanzó a trabajar sin descanso en el camino de la perfección. Convencido de esta verdad nos dice: ***"El ministerio sacerdotal y las funciones que desempeño son santas; luego para cumplir con mi deber, necesito ser santo... La perfección no se alcanza en un día, es obra de paciencia, de grandes esfuerzos, de muchos sacrificios y vencimientos dolorosos"***.

Las penas y contrariedades lo hicieron comprender que su sacerdocio era participación del misterio pascual. Las obras que él emprendió, estuvieron en estrecha relación con su vida de sufrimiento. Así lo expresa: ***"Comprendo que mi camino es la cruz, pero no es una cruz, sino muchas y con muchos nombres; sin embargo, todas son cruces que traen paz a mi alma"***.

En el año de 1885 el nuevo prelado de la ciudad de León, Señor Obispo Tomás Barón y Morales, destina al Padre Yermo, como capellán de dos pobríssimos templos, situados en dos barrios miserables, fuera de la ciudad. El Santo Niño y el Calvario. Aunque amaba entrañablemente a los pobres, sin embargo, este nombramiento no fue de su agrado, pues significaba para él bajar de aquel pedestal de estimación y de prestigio en el cual se hallaba, para asumir humildemente la capellanía de aquellos lugares, en donde además de ser miserables, reunían la circunstancia de estar abandonados a su triste suerte. Sus amigos veían en aquel nombramiento una humillación y le aconsejaban renunciar. Al respecto expresa sus sentimientos: ***"Aquella misión para puesto tan humilde hirió mi amor propio, que más se exaltaba con lo que me decían los amigos. Llegué a pensar en renunciar y así lo habría hecho, si Dios Nuestro Señor no me lo impidiese por medio de un impulso secreto que me contuvo"***.

En el mes agosto de 1885, de camino al Calvario, el Padre Yermo, presencia una horrible escena, en la cual unos cerdos se estaban devorando a dos niños recién nacidos que habían dejado abandonados en las márgenes del río de los Gómez, que atraviesa la ciudad de León. Ante este impresionante drama, el Padre Yermo se sintió interpelado por Dios para salir al encuentro de las grandes necesidades de los pobres. Pensó en fundar un asilo y dejarlo bajo la responsabilidad de una comunidad religiosa. Al no obtener ninguna respuesta por parte de la comunidad a donde había solicitado, no desistió de su proyecto. El día 13 de diciembre de 1885, ayudado de cuatro jóvenes aspirantes a la vida religiosa, instaló en el cerro del Calvario un asilo para mendigos de todas las edades, de los cuales llegaron 60. La fundación se llevó a cabo, en medio de un panorama desolador, a consecuencia de las intensas lluvias y el edificio que estaba en pésimas condiciones. No obstante, los obstáculos adversos que se presentaron, el Padre Yermo fundó la Congregación de Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres, con estas cuatro jóvenes, con la finalidad de servir a los pobres por amor a Dios.

Su inminente espíritu de caridad, que llegó a tener sublimes manifestaciones con los pobres se desplegó sin medida, cuando por las intensas lluvias se desbordó el Río de León y el Padre Yermo, no obstante, su delicada salud, exponiendo su propia vida, auxilió a las víctimas de la catástrofe y abrió las puertas de su casa, para todos los que estaban sufriendo las consecuencias del desastre. El Gobernador del Estado de Guanajuato General Manuel González, al ver su heroísmo en favor de todos los damnificados, le llamó con el título de "Gigante de la Caridad".

A las Siervas nos dejó un ejemplo luminoso de caridad para con todos y de servicio. Fiel al carisma que había recibido como fundador, lo transmitió y quiso que sus hijas, mediante el testimonio de la caridad evangélica, transparentaran la bondad misericordiosa de Dios, haciéndolo presente a los hombres en actitudes concretas. El servicio a los pobres fue su programa de evangelización partiendo del testimonio de la propia vida y la promoción humana de los marginados, con especial atención a la juventud femenina. Todo ello vivido en la riqueza de la oración, en la adoración eucarística y en la espiritualidad de amor y reparación al Corazón de Cristo, al cual la Congregación está totalmente consagrada. Quiso además que el amor y adhesión a la Iglesia fuese la característica propia de las Siervas.

Hna. Dora Alicia Niquepa Guasca, sscjp